

cerca de Lidda, á los musulmanes que tuvieron que dispersarse, entraron en la ciudad de Joppe, abandonada por sus habitantes. La armada cristiana había sido sorprendida y quemada por los infieles; pero se habían podido salvar los víveres y gran cantidad de instrumentos para la construcción de máquinas de guerra, todo lo cual fué transportado al campo cristiano; este convoy, atacado muchas veces por los infieles, llegó bajo los muros de Jerusalén, seguido de un gran número de ingenieros y carpinteros genoveses, cuya presencia renovó la emulación y el valor entre los sitiadores.

Como escaseaba la madera para la construcción de máquinas, un sirio, según Guillermo de Tiro, el mismo Tancredo, si se ha de dar crédito á Raul de Caen, condujo á los cruzados á algunas leguas de Jerusalén, hacia el antiguo territorio de Samaria y el país de Gabaón. De este punto era la madera que se escogía para los sacrificios del templo, en tiempo de los jueces y de los reyes de Israel, hoy día, sin embargo, como en tiempo de los hebreos y de los cruzados, el país de Sichein es el que más abunda en madera.

Allí los cristianos descubrieron el bosque de que habla el Tasso en la *Jerusalén libertada*: él no ofrece, sin embargo, el misterioso y terrible aspecto que le atribuye la imaginación del poeta italiano, pues los soldados de la Cruz penetraron en él sin temor alguno y sin experimentar ninguna clase de obstáculos. Los abetos, los cipreses y los pinos que en él se encontraron cayeron bajo el hacha, sin que les defendiesen el encantamiento de Ismeno ni las armas de los musulmanes. Los carros, tirados por camellos, transportaban al campamento los árboles cortados, y á medida que iban llegando, se les empleaba para los trabajos del sitio. Como los jefes estuviesen faltos de dinero, el celo y la caridad de los peregrinos respondieron á esta necesidad, ofreciendo á aquéllos todo lo que habían conservado del botín hecho al enemigo. Nadie estaba ocioso: los caballeros y los barones se entregaron también al trabajo; todos los brazos tenían suficiente ocupación; en fin, todo era actividad y movimiento en el ejército cristiano. Mientras los unos construían arietes, catapultas y caminos cubiertos, los otros llevaban pellejos, iban á buscar agua á la fuente de Elpira, en el camino de Damasco, ó á la de los Apóstoles, más allá de Bethania, en el valle llamado desierto de San Juan, ó á la que manaba al Oeste de Belén, célebre, como queda dicho, por haber bautizado allí San Felipe á la esclava de Caudacia, reina de Etiopía. No faltaba tampoco quien preparase las pieles de las bestias de carga muertas, para cubrir las máquinas de guerra y prevenir los efectos del fuego, mientras que los otros recorrían las mon-

tañas, en busca de ramas de higuera y de olivo para levantar ó construir faginas.

Aun cuando los cristianos tuvieron que sufrir mucho por causa de la sed, del calor de la estación y del clima, la esperanza de poner pronto término á los males que les afligían, les daba fuerzas para sobrellevarlos. Los preparativos del ataque adelantaban con increíble actividad. No pasaba un día sin que se acabasen nuevas máquinas, colocándolas al momento en el sitio desde el cual debían ofender las murallas enemigas. Su construcción corría á cargo del célebre Gastón de Bearn, de cuya habilidad y pericia hablan los historiadores. Entre estas máquinas llamaban la atención tres enormes torres, de nueva construcción, compuestas de tres pisos ó departamentos; el primero estaba destinado á los operarios que dirigían los movimientos, y el segundo y tercero para los guerreros que debían dar el asalto. Estas tres fortalezas portátiles tenían mayor elevación que las murallas de la Ciudad sitiada, y se había adoptado el sistema de poner en la cúspide de aquéllas una especie de puente levadizo, que bajado sobre las murallas, facilitaba la entrada á la plaza enemiga. Así lo afirma Raul de Caen.

Peró estos poderosos medios de ataque no eran los únicos que habían de secundar los esfuerzos de los cruzados; el entusiasmo religioso, de donde nacieron tantas proezas y hazañas, debía aún aumentar su ardor y prepararles una nueva victoria. El clero se repartió por todo el campamento, exhortando á los peregrinos á la penitencia y á la concordia. La miseria, que sólo produce quejas y recriminaciones, había endurecido los corazones de los cruzados, sembrando la división entre los jefes y soldados. En otros tiempos, los guerreros cristianos se disputaban las ciudades y provincias, y ahora lo hacían también de las cosas más comunes, siendo todo objeto de rivalidad y de controversias. Los obispos procuraron hacer que renaciese el espíritu de paz y de fraternidad entre los cruzados. El sacrificio del monte de los Olivos unió sus exhortaciones á las del clero, y dirigiéndose á los príncipes y al pueblo, les dijo: «Vosotros, que habéis venido de las regiones del Occidente para adorar la tumba de Jesucristo, amaos como hermanos y santificaos por medio del arrepentimiento y de las buenas obras. Si obedecéis las leyes de Dios, él os hará dueños de la Santa Ciudad, pero si las desecháis, su cólera caerá sobre vuestras cabezas». El ermitaño aconsejó á los cruzados que hiciesen una procesión al rededor de Jerusalén, para invocar la protección y misericordia del cielo.

Los peregrinos, que estaban persuadidos de que las puertas de la ciudad sitiada no debían abrirse solamente á fuerza de armas, sino tam-

bién por la devoción, acogieron con docilidad las exhortaciones del ermitaño, y se apresuraron á seguir su consejo, que lo miraban como un precepto divino. Después de tres días de riguroso ayuno, salieron de sus cuarteles y marcharon con los pies descalzos y la cabeza descubierta hacia la muralla de la Santa Ciudad. Precediales el clero, que iba revestido con hábitos blancos, llevando las imágenes de los santos y cantando los salmos y demás cánticos de la Iglesia. Los estandartes ondeaban en medio de las armas cruzadas, y el sonido de los timbales y trompetas se oía desde muy lejos; de este modo los hebreos, en otro tiempo se habían apoderado de lo torre de Jericó, cuyas murallas se desplomaron al sonido de una música militar.

Los cruzados salieron del campo de Godofredo hacia el Norte de la Ciudad Santa, bajaron por el valle de Josafat, pasaron entre el sepulcro de la Virgen y el jardín de los Olivos, y subieron, finalmente, á las sagradas alturas de la Ascensión.

Así que estuvieron en la cúspide de la montaña, el espectáculo más imponente se presentó delante de sus ojos: al Oriente, el mar Muerto se dibujaba en el valle de Jericó como en un brillante espejo, y el Jordán como una cinta plateada; las montañas de la Arabia se extendían en el horizonte cual murallas azuladas; al Occidente, los peregrinos contemplaban á sus pies á Jerusalén y las pálidas colinas de la Judea. Reunidos en el mismo lugar desde el que Jesucristo subió á los cielos, y creyendo distinguir las huellas de sus pisadas, escucharon las últimas exhortaciones de los clérigos y de los obispos.

Arnaldo de Rohes, capellán del duque de Normandía, les dirigió también un patético discurso, para encarecerles la necesidad en que estaban de redoblar su celo y su constancia; y al finalizar su discurso, y con la vista fija en Jerusalén, les dijo: «Ya véis la herencia de Jesucristo hollada por los impíos, héos aquí, en fin el digno premio de todos vuestros trabajos, héos aquí el lugar en donde Dios os perdonará todas vuestras faltas, y bendecirá vuestras victorias». A la voz del orador, los defensores de la Cruz se humillaron delante de Dios, dirigiendo sus miradas á Jerusalén.

Como Arnaldo les invitaba en nombre de Jesucristo á perdonar las injurias, Tancredo y Raimundo, que estaban enemistados desde mucho tiempo, se abrazaron en presencia de todo el ejército. Los soldados y los otros jefes imitaron su ejemplo; y los más ricos prometieron socorrer con sus limosnas á los pobres y á los huérfanos que militaban bajo la enseña de la Cruz. Todos olvidaron sus fatales discordias, jurando permanecer fieles á los preceptos de la caridad evangélica.

Mientras que los cruzados se entregaban á los dulces sentimientos de su piedad, los sitiados, que coronaban las murallas de Jerusalén, levantaban varias cruces que profanaban con sus ultrajes, insultando con sus gestos y sus aclamaciones las ceremonias de los cristianos. «Vosotros oís, les dice Pedro el Ermitaño, las amenazas y las blasfemias de los enemigos del verdadero Dios: jurad defender á Jesucristo perseguido y crucificado segunda vez por los infieles. Ved como espera nuevamente sobre el Calvario para redimir vuestros pecados». A estas palabras del cenobita la multitud le interrumpe con gemidos y gritos de indignación. Todo el ejército arde en deseos de vengar los ultrajes hechos al Hijo de Dios. «Sí, yo juro por vuestra piedad, prosiguió el orador, yo juro por vuestras armas, que el reino de los impíos toca ya á su término. El ejército del Señor sólo necesita presentarse, y toda esa multitud de musulmanes desaparecerá como el humo. Hoy todavía están llenos de orgullo y de insolencia, mañana les veréis cubiertos de terror y sobre este Calvario que vais á asaltar, les veréis delante de vosotros como los centinelas del Sepulcro, que vieron caérseles las armas de las manos y casi morir de miedo y de espanto cuando un temblor de tierra les anunció la presencia de Dios resucitado. Dentro de pocos instantes, estas murallas, que han sido durante tiempo el abrigo del pueblo infiel, serán la mansión de los cristianos; estas mezquitas, construídas sobre las ruinas cristianas, servirán de templo al Dios verdadero, y Jerusalén sólo oirá los cánticos de alabanza hacia el Salvador».

Al finalizar Pedro su discurso el entusiasmo de los cruzados llegó á su colmo, exhortábanse mutuamente á sobrellevar las fatigas y trabajos, cuya gloriosa recompensa estaba ya próxima. Los cristianos descendieron del monte de los Olivos para regresar á su campamento, y dirigiéndose hacia el Mediodía, atraviesan el valle de Siloe, y pasan cerca del estanque donde Jesucristo dió la vista á un ciego de nacimiento, y se adelanta hacia la montaña de Sión, en donde otros recuerdos vienen á inflamar nuevamente su entusiasmo. Durante este piadoso camino los peregrinos se vieron muchas veces expuestos á los dardos que les dirigían los sitiados desde lo alto de sus murallas, y muchos, heridos mortalmente, espiraban al fin en medio de sus hermanos, bendiciendo á Dios é implorando su justicia contra los enemigos de la fe. Hacia la tarde el ejército cristiano regresó á sus cuarteles, repitiendo las palabras del profeta: «Los del Occidente temerán al Señor, y los de Oriente verán su gloria». Llegados al campamento, los peregrinos pasaron la noche orando; los jefes y los soldados se confesaron y recibie-

ron por medio de la comunión al Dios cuyas promesas les llenaban de esperanza.

Mientras que el ejército cristiano se preparaba de esta suerte para el combate, el silencio más profundo reinaba al rededor de los muros de Jerusalén; solamente se oía de cuando en cuando á algunos musulmanes desde lo alto de las mezquitas de la ciudad llamar á sus compañeros á la oración; los infieles acudían en tropel á sus templos para implorar la protección de su profeta, jurando por la piedra misteriosa de Jacob defender una ciudad que llamaban *la Casa de Dios*. Los sitiados y los sitiadores tenían igual deseo de derramar sangre, los unos por conservar á Jerusalén, y los otros por conquistarla. La rabia que les dominaba era tan grande, que durante todo el tiempo del sitio, ningún diputado musulmán pasó al campo de los cristianos, ni éstos se dignaron tampoco intimar la rendición de la plaza á aquéllos. Entre tales enemigos, el choque debía ser terrible y la victoria implacable.

Resolvióse, pues, en el consejo de los jefes, aprovechar el entusiasmo de los peregrinos y activar el asalto, cuyos preparativos estaban adelantados. Godofredo situó su campo hacia el ángulo oriental de la ciudad, cerca de la puerta de San Esteban. El terreno de este nuevo campamento ofrecía un sitio muy á propósito para dar un asalto; por este lado era la muralla exterior más baja que en otros puntos, y la superficie plana del terreno tenía la necesaria extensión para la colocación y juego de las máquinas de guerra. Los cronistas contemporáneos se admiran de la prontitud con que se llevó á cabo un cambio tan grande. Los arietes y las torres fueron desmontadas y transportadas pieza por pieza al nuevo campo; este prodigioso trabajo, que debía decidir el éxito del sitio y la toma de Jerusalén, se hizo en una sola noche, y en una noche del mes de Julio, es decir, durante el espacio de unas cinco ó seis horas.

Tancredo se quedó con sus máquinas y su elevada torre, hacia la parte Noroeste de la ciudad, no lejos de la puerta de Belén y delante de la torre angular que llevó después el nombre de aquél. El duque de Normandía y el conde de Flandes se habían aproximado un poco al campo de Godofredo, teniendo delante la parte septentrional de la ciudad y detrás la gruta de Jeremías. El conde de San Gil, encargado del ataque meridional, se encontraba separado de la muralla por una especie de rambla ó torrentera que era preciso secar. Al efecto hizo publicar por medio de un heraldo de armas, que él pagaría un dinero á cada persona que echase en dicha torrentera tres piedras, é inmediatamente el pueblo acudió para secundar los esfuerzos de los soldados. Un granizo

de dardos y de flechas lanzadas desde lo alto de las murallas, no pudo enervar el celo y ardor de los trabajadores. En fin, al tercer día concluyóse esta operación, y los caudillos dieron la orden para el ataque general.

El jueves, día 19 de julio de 1099, desde que amaneció, los clarines resonaban en todo el campo cristiano; todos los cruzados volaron á empuñar las armas; todas las máquinas de guerra se pusieron en movimientos, y los pedreros lanzaban contra el enemigo multitud de pedernales, mientras que al abrigo de caminos cubiertos se hacían aproximar los arietes á las murallas. Dos archeros y ballesteros dirigían sus tiros contra los egipcios, que guarnecían los muros y las torres; y los intrépidos guerreros, cubiertos con sus escudos, plantaban las escalas en los puntos en los que la plaza parecía ofrecer menor resistencia. Por la parte del Mediodía, del Oriente y del Norte de la ciudad, las torres se avanzaban hacia la muralla en medio de la gritería de los operarios y soldados. Godofredo apareció sobre lo más alto de esta fortaleza de madera, acompañado de su hermano Eustaquio y de Balduino de Bourg, animando á los suyos con su ejemplo. Todos los venablos que él lanzaba, dicen los historiadores, llevaban la muerte á los sitiados. Raimundo, Tancredo, el duque de Normandía y el conde de Flandes combatían en medio de sus soldados; los caballeros y los hombres de armas acudían en todos puntos donde mayor era el peligro.

Nada puede igualarse con el furor del primer choque de los cristianos; pero es preciso confesar que en todos los puntos encontraron una terrible resistencia. Las flechas y los venablos, el aceite hirviendo, el fuego griego ó mixto incendiario y catorce máquinas que los sitiadores oponían á las de los enemigos, rechazaron por todos lados el ataque y los esfuerzos de los acometedores. Los infieles salieron por una brecha abierta en la muralla y probaron el incendiar las máquinas de los sitiadores, introduciendo el desorden en el ejército cristiano. Al finalizarse la jornada, las torres de Godofredo y de Tancredo no podían ya ser movidas y la de Raimundo estaba arruinada. La lucha había durado doce horas, sin que pareciese decidirse la victoria por los cruzados; la noche vino á separar á los combatientes. Los cristianos se retiraron á sus campamentos, llenos de coraje y de dolor; los jefes, especialmente los dos Robertos, no podían consolarse de que *Dios no los hubiese juzgado todavía dignos de entrar en la santa ciudad y de adorar el sepulcro de su Hijo*.

La noche se pasó por una y otra parte en la más viva inquietud; cada uno lloraba sus pérdidas y temblaba por las que habían de venir.